

LA PROTESTA

PORTE PAGO SUPLEMENTO SEMANAL PRECIO: 10 CTS.

U. Telefónica 0.478 — B. Orden

Redacción y Administración : PERU 1537

Valores y giros a M. TORRENTE

LA COMEDIA DEL RUGIDO ELECTORAL

Terminaron por fin las carnestolendas electorales. Tras de la mascarada de la apoteosis de Franco, las lupercales mómicas, hemos debido presenciar el chocarrero espectáculo de la larga y abundosa caterva de los energúmenos políticos venteados, fogueándose con los gases asfixiantes de su verborrea, donde flotaban los más gruesos y soeces calificativos de su repertorio de gorilas elevitados. Era la comedia del rugido electoral. Luego, como buenos cómplices que se encontrarán en la misma pesebrera, se habrán reído a carcajada tendida de haber desempeñado tan bien sus roles en la vil comedieta de la mendicidad de votos a espaldas y a costillas del pueblo. Este, por desgracia, conserva aún una mentalidad paleolítica. Podrá comprobar las mutuas acusaciones de los diversos partidos echados al refidero, condecorándose recíprocamente con los títulos de ladrones, de concusionarios, de prevaricadores y barrantando que mucho de cierto ha de existir en él; nunca llegará a decidirse, absteniéndose de votar.

Consciente o inconsciente, o de modo abdicado, se determina a elegir la traca que habrá de golpearle los lomos, y el pulpo que le sorberá hasta los tuétanos, ya sea en la forma viviente de diputados, senadores o funcionarios.

Se halla más infiltrado en las raíces del sentimiento y del cerebro el prejuicio de la autoridad y de la ley, que el religioso. Habrá muchos que no crean en Dios, escasos son, al contrario, los que dejen de creer en un jefe, en una autoridad cualquiera. Es el terror misteriosamente presentado de quedar en la orfandad, que ha de arrojarlos en un absoluto desamparo, abandonados a la merced de ellos mismos. Les parece que si repentinamente desapareciera la autoridad, las instituciones del orden vigente — *causa causorum* de todo desorden — se convertirían de pronto en imbéciles, completamente paralizados, incapaces de obrar por propia cuenta, ignorando cómo conducirse en los problemas más elementales de la existencia.

El *homo* de la democracia liberal, y de los reinos constitucionales, sigue siendo esclavo, tan poco dueño de su periferia azímica como hace mil años. Si hubo evolución, fué lentísima, imperceptible. Más aparente que real. Su conquista irrisoria finca en que podrá escoger el verdugo que lo enviará a la guerra, al amo que irá al parlamento, quien se concertará con otros tantos amos para mejor explotarlo. A todo eso se reduce el progreso moral y cívico del *homo* democrático de que muchos tanto se enorgullecen. Antigüamente los esclavos, siendo ellos los elegidos, los escogidos por el propietario, podían por lo menos consolarse pensando que no eran la causa de su mayor daño, de la pérdida de su libertad. Ahora no; en cada época de elecciones, aunque esta pérdida de libertad no sea evidente, tan palpable, la gente la toma como algo muy natural, u otros como pretexto de holgorio.

No le basta conocer al pueblo, haber escarmentado en carne propia y comprobar que al mandatario que enarcaron a la presidencia lo hizo masacrar durante la alucinante semana de enero de 1909; no le basta saber cómo se le roba en todas partes, desde la Caja de Ahorros Postal hasta los caseros, que muchos se sientan en el senado; él continúa en su apatía votando, temeroso de reflexionar, de adoptar una decisión ante él y por él.

¿Cuántos siglos se necesitarán para que aparezca sobre la faz de la tierra domesticada por la ciencia moderna, el hombre libre, como anárquicamente debe comprenderse?

Ignoramos si serán siglos, pero estamos seguros que pasarán numerosas décadas antes que se produzca ese bello fenómeno. Razones hay para pensar así.

Nada propende para que haya hombres libertados de todo prejuicio, de toda falsa moral y que coiserven por norma la única cifra ética que emana de la salud del espíritu, suprema higiene espiritual. Hoy, y casi siempre, esos ejemplares son tan raros como el genio, y a veces se llaman Reclus, Schiller — para citar a una personalidad que se llamó anarquista — Barrett y tantos otros de la misma y parecida talla. Reconocemos que abundan infinitamente los libertados a medias, y que son los combatientes de esos abandonados, aunque no existen todavía en la proporción necesaria para equilibrar las grandes masas amorfadas.

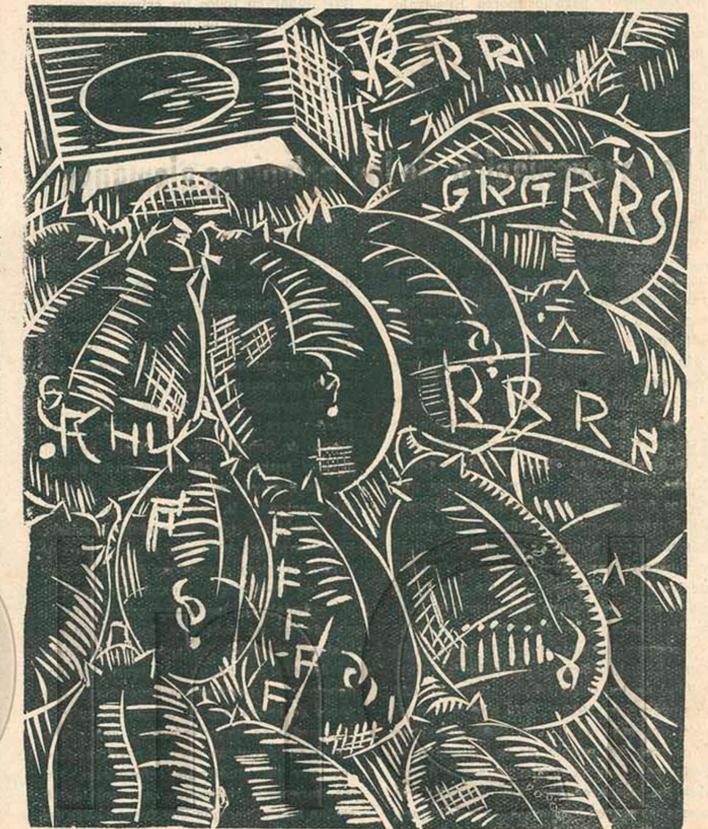
El cultivo de la esclavitud es practicado en el hogar, en la escuela, en el taller y en el cuartel más que en ninguna institución, y, en fin, en todos los lugares que están regidos por el ideario burgués. Si se añaden las taras hereditarias, se ha de comprender por qué escasean las mentalidades independientes.

Es ahí donde el ariete de la propaganda de nuestras ideas debe golpear infatigablemente. Ya con el ejemplo doctrinario, con la conducta nuestra, con el folleto, el libro, inculcando el libre examen, atrayendo por la inteligencia y la bondad y no por el encono y la rencilla odiosa. Hay que libertar los espíritus de sus cadenas seculares, sin descuidar de liberar los cuerpos de sus condiciones opresoras y humillantes. En ello tendremos tarea para rato. Conocido es que de todos los reductos burgueses, de todos los prejuicios enquistados en el alma popular, la idea de autoridad es la más difícil de extirpar.

Confesemos por otra parte que, según cómputos de la prensa rica, desde 1912, que se dictara la ley electoral del voto secreto, en los catorce años de su vigencia hubo un descenso de 21 por ciento en la proporción de votantes. La ley, considerada como una verdadera panacea democrática, en vez de acuciar a las masas para cumplir con sus deberes cívicos y carneriles, fué desmayándolas en el desgaño. Su desengaño sobre el sistema parlamentario se está haciendo sentir tanto, que los partidos socialista y comunista, no prosperan electoralmente como se da en otros países. No tomamos tampoco esto como un síntoma halagador, sino como una mera constatación de hecho. Esta apatía no es el reflejo de una conciencia que rechaza lo que hiere su dignidad de ente pensante e insumiso, sino que trata de evitar se le trastorne la tranquilidad de su digestión.

"La Prensa", diario paquidérmico si los hay, también ella hace una constatación de hechos. Comprueba con desolación cómica que el maleaje de los comités políticos perdió el culto al coraje, cuando en otros tiempos de más neto criollismo se realizaban esos duelos singulares a facón limpio, y deplora en cambio se empleen las armas de fuego, "muy poco nobles."

Y la pobrellita no se da cuenta que son los avances de la civilización, que se traslada del asfalto al arrabal. Claro que



En todas partes, pero especialmente aquí y en Francia, los políticos están ofreciendo un singular parecido con los cerdos... Gruñen, patelean, se mordisquean peleando a quien llega primero a hozar en la pesebrera oficial... Pero calumniamos vilmente a los útiles animalitos: Son ellos los chanchos, mientras éstos son solamente cerdos.

si... De la civilización que predica ella también.

Goya, hace unos doscientos años, en una de las mordaces y agrias aguafuertes de sus famosos "Caprichos", ya había definido el *gobierno de los mejores*, o de los más aprovechados e inaptos, representando un campesino, quien en su lomo llevaba de ginele a un burro. Era el candidato a las cámaras.

Esta es, para nosotros, la imagen exacta del votante, del elector democrático: un inconsciente, un tonto de capirote.

Oquedad mental

En cierto plano de la vida y del mundo parece que se ha entrozado la estulticia, la orfandad anímica y mental. Por lo menos, donde creció siempre en terreno fecundo y propicio, está adquiriendo proporciones alarmantes y muy graves. Nos referimos a las clases dominantes y sus respectivos gobiernos, cuando precisamente logran su máximo hartazgo, su máximo engorde. La idiotez urbanizada, con barniz destellante, tapaná la decadencia, la oquedad mental interna, y por ende una existencia animal sobresaltado de apetitos, de vicios y de corrupción.

Recuérdese a ese Luis XVI — citado también por Barrett no sabemos en cuál de sus escritos — quien desde adolescente había sido acostumbrado a llevar una especie de dietario, anotando en sus páginas todas las menudencias de su vida cotidiana. Aficionado a las aventuras cinegéticas, siendo su ocupación favorita la caza mayor y menor, debía, naturalmente, registrar todas las piezas capturadas. La estadística preparada por él nos revela que durante trece años mató 189.251 faisanes y derribó 1.274 ciervos. En el 24 de junio de 1784 ultimó 200 golondrinas. Anota además en su diario los 43 baños que le recetaron en 26 años de indigestiones, varios resfrios y ataques de hemorroides. Cuando no hay caza, audiencia ni indisposiciones, se contenta con escribir esta sola palabra: "Nada". Se suceden las convulsiones de Francia en su despertar revolucionario, que no llegan a él. En todas las fechas famosas desde 1789 a 1791 se encuentra la sempiterna palabra: "Nada".

No obstante, este rasgo tan marcado de inopia mental, de ausencia absoluta de sentimiento, no es únicamente privativo del Capeto ese. Las testas coronadas no han sido nunca muy fuertes. Nicolás de Rusia reedita la tragedia palaciega del Borbón, por la misma abilidad incompreensión, por el odio declarado a toda actividad mental y por el mismo dominio que el elemento femenino tuvo en la corte del

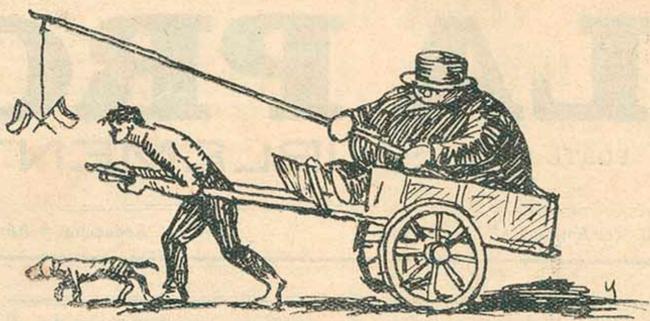
rey Luis XVI. ¿Y el ex kaiser, criatura digna de algún reformatorio, más que de ocupar un trono?

Pero quien está más cerca del Luis ese es Alfonso de España. En el suplemento dominical de "La Nación", en la sección en rotogravure, quizás retribuyendo al favor que le hiciera el rey recibiendo en palacio al retoño de la dinastía Mitre, en viaje, se publica una página entera sobre las proezas cinegéticas del soberano que padece la misma idiotéz urbanizada, la idéntica grosería barnizada del que debía entregar su cabeza al verdugo. Los venados muertos en el coto de Hontanares son exhibidos, mientras los soldados de Marruecos hacen el oficio de venados para los moros. El paralelo cabe perfectamente. España quizás se halla cruzando por el período más grave de acontecimientos revulsivos, y el rey seguirá apuntando seguramente en su carnet la palabra: "Nada". Y pre-

parando la estadística del producto de sus cacerías. Y el Primo de Rivera que está a su lado, como dios penate y genio tutelador en francachelas de casino, al referirse a la pretensión de que España entre al Consejo de la Liga de las Naciones, como miembro permanente, dirá:

—Creo que este país, por su historia, representa a la madre de una raza extendida por el mundo.

Después, si surge un ajusticiador, quien, adelantándose al verdugo, haga suyo el dolor colectivo de esas madres que le arrancan los hijos para que hagan de venados para los moros, se clamará al asesino, al crimen horrendo. Y nadie se detendrá a reflexionar en todos los crímenes que se cometieron en el nombre de ese rey y de los propietarios de minas en Marruecos, entretanto que él, impasible, continuaba diciendo tonterías en compañía de su complice y matando animalitos inocentes.



número de gentes que consideran como una gran ingratitude esa expropiación de los viejos tiranos; además tenemos la burocracia estatal y privada, la población agraria, en casi su totalidad en las filas de la reacción militante, la burguesía industrial de todos los matices, etc., etc. Es muy dudoso que el referéndum en los diversos países esa autonomía de la acción, rechazando absolutamente la mentira de los frentes tráficos protocolares, aunque no sean más que pasajeros. En ese punto nos identificamos por completo con la táctica de los camaradas alemanes de la F. A. U. D.

Respecto a la participación en el referéndum popular, en la forma que la F. A. U. D. se propone hacerlo, si nuestras organizaciones latinas de América se encontrasen en la misma situación, es casi seguro que, aun velando por su consecuencia anarquista, habrían hecho lo mismo. En tal circunstancia importa más la táctica a seguir que todo lo demás, y la táctica de la F. A. U. D. garantiza íntegramente su autonomía. Es todo lo que se puede pedir en ese caso.

Se ha acentuado bastante que no podemos pasar por alto ninguno de los problemas cotidianos de interés general. Malatesta mismo ha insistido en estos años diversamente en eso. El folleto de Røker, *La lucha por el pan cotidiano*, traducido al español, al sueco, al holandés, al ruso, al esperanto, ha encontrado la más simpática acogida, incluso entre los anarquistas individualistas italianos; en ese folleto se sostiene la tesis de nuestra participación activa en las luchas de todos los días como un requisito para tener derecho a considerarnos combatientes de la revolución social y forjadores de un mundo nuevo. Por desgracia, ese punto de vista tan fecundo ha llevado en algunos países a singulares aberraciones, como por ejemplo a la unión y a los compromisos con la burguesía liberal para combatir la dictadura.

Ultimamente se han hecho oír entre los miembros de la F. A. U. D. algunas protestas contra la actitud recomendada en ocasión del referéndum o más bien de la consulta popular sobre la expropiación. Sus argumentos son sumamente débiles e inconsistentes.

Según nuestra manera de ver, el mal no está en participar en el referéndum, sino en no aprovechar suficientemente esas oportunidades para mayor intensificación de la propaganda. Sean o no expropiados los príncipes, nuestros camaradas pueden, antes y después del referéndum, obrar con argumentos efectivos, vivientes, en favor de nuestras ideas. Su aislamiento o su abstencionismo en este caso, además de ser explotado por los demagogos de todos los colores marxistas, sentaría una nota de sectarismo muy poco beneficiosa para el movimiento.

neral e hicieron espontáneamente lo que pudieron por impedir el triunfo de las bandas monárquicas. Ningún compromiso concertaron entonces nuestros camaradas con los que accidentalmente se encontraron a su lado. Lo mismo se hará ahora. Nosotros hemos combatido toda: estos años por asegurar a nuestro movimiento en los diversos países esa autonomía de la acción, rechazando absolutamente la mentira de los frentes tráficos protocolares, aunque no sean más que pasajeros. En ese punto nos identificamos por completo con la táctica de los camaradas alemanes de la F. A. U. D.

Respecto a la participación en el referéndum popular, en la forma que la F. A. U. D. se propone hacerlo, si nuestras organizaciones latinas de América se encontrasen en la misma situación, es casi seguro que, aun velando por su consecuencia anarquista, habrían hecho lo mismo. En tal circunstancia importa más la táctica a seguir que todo lo demás, y la táctica de la F. A. U. D. garantiza íntegramente su autonomía. Es todo lo que se puede pedir en ese caso.

Se ha acentuado bastante que no podemos pasar por alto ninguno de los problemas cotidianos de interés general. Malatesta mismo ha insistido en estos años diversamente en eso. El folleto de Røker, *La lucha por el pan cotidiano*, traducido al español, al sueco, al holandés, al ruso, al esperanto, ha encontrado la más simpática acogida, incluso entre los anarquistas individualistas italianos; en ese folleto se sostiene la tesis de nuestra participación activa en las luchas de todos los días como un requisito para tener derecho a considerarnos combatientes de la revolución social y forjadores de un mundo nuevo. Por desgracia, ese punto de vista tan fecundo ha llevado en algunos países a singulares aberraciones, como por ejemplo a la unión y a los compromisos con la burguesía liberal para combatir la dictadura.

Ultimamente se han hecho oír entre los miembros de la F. A. U. D. algunas protestas contra la actitud recomendada en ocasión del referéndum o más bien de la consulta popular sobre la expropiación. Sus argumentos son sumamente débiles e inconsistentes.

Según nuestra manera de ver, el mal no está en participar en el referéndum, sino en no aprovechar suficientemente esas oportunidades para mayor intensificación de la propaganda. Sean o no expropiados los príncipes, nuestros camaradas pueden, antes y después del referéndum, obrar con argumentos efectivos, vivientes, en favor de nuestras ideas. Su aislamiento o su abstencionismo en este caso, además de ser explotado por los demagogos de todos los colores marxistas, sentaría una nota de sectarismo muy poco beneficiosa para el movimiento.

D. Abad de Santillan

EDUARD WECKERLE EL HOMBRE Y LA MAQUINA

IV

En el comienzo de la era de las máquinas, las aspiraciones de la técnica aplicada, tendían casi exclusivamente a suplantar la fuerza física de trabajo de los hombres. Ahora la máquina amplía su radio de acción y ejecuta hasta las funciones del cerebro. Y aquí pensamos poco en aquellas grandiosas instalaciones que se emplean por ejemplo en el tráfico ferroviario y que en cierto modo se han convertido en controladoras de los vigilantes de las señales; tampoco pensamos por ejemplo en aquellos maravillosos instrumentos que superan en precisión, durante las navegaciones, a los sentidos más ejercitados de los capitanes. Todos esos mejoramientos son complementos técnicos para el aumento de la seguridad, hechos indispensables, ciertamente, por el desenvolvimiento enorme de las comunicaciones. Lo que tenemos presente ante todo son los instrumentos que se aplican en los grandes establecimientos fabriles y comerciales, donde suplantando, en mano de jovencillos apenas ejercitados en el pensar, a los calculadores más experimentados y a los profesionales de la contabilidad. A la máquina de escribir nos hemos acostumbrado ya tanto como a la máquina de coser. Y sin embargo no hace mucho que "una hermosa escritura" era la mejor recomendación para la entrada a una oficina. La escritura a mano en las grandes casas de comercio se ha limitado, en el mejor de los casos, a la contabilidad. Pero también de la contabilidad desaparece más y más la escritura a mano. Ya se han introducido en grandes oficinas las máquinas para llevar la contabilidad (procedimiento de las tarjetas agujereadas). Una compañera no menos importante la tiene la máquina de escribir en la máquina de contar, y en los últimos tiempos es la máquina de operaciones que escribe al mismo tiempo y en la que bastan algunos movimientos para resolver jugando, con una seguridad insuperable y con la mayor precisión, todas las operaciones matemáticas, sin que tengan que cooperar las células del cerebro humano. Aparatos de reproducción, máquinas para escribir direcciones, máquinas para abrir y cerrar las cartas, para estampillarlas, etc., encuentran un empleo creciente y reducen a los obreros intelectuales en su actividad a proletrarios y a servidores de máquinas. Un invento suplanta al otro, incluso en el dominio burocrático y transforma aquellas oficinas, llenas de personal, en salas de máquinas. Ya se anunció una máquina de escribir que hace superflua la maquinista y que transforma directamente el eco de la palabra en escritura a máquina.

ocupación para los hombres dependientes del trabajo.

El obrero observa confuso esos brazos de hierro que crean ahora, con una rapidez mucho mayor y en el ritmo de un bronco ruido que sofoca toda voz humana, lo que él creaba antes con sus manos hábiles y estimuladas por una canción alegre. El espacio que se le deja se vuelve cada día más estrecho para poder conservarse como hombre creador e inspirarse en la conciencia de su diligencia creadora. Los resultados de su trabajo hace mucho que no los ve. Diariamente realiza sólo un movimiento único e igual, mortífero por su monotonía. No es más que un accesorio del maquinismo que se ha humanizado y está expuesto a volverse superfluo por la aplicación de una palanca o de una rueda.

La habilidad personal no vale nada ya y se desvaloriza completamente. Más aún: todo el proceso de producción se separa más y más de su centro anterior, el hombre laborioso, y coloca en su centro el maquinismo en torno al cual el hombre gira, como una rueda inanimada. Desde hace mucho, en un moderno establecimiento el hombre no dirige ya la máquina que se le ha confiado, sino al contrario: la máquina lo dirige a él. La máquina determina la frecuencia y el ritmo de sus movimientos, quiera o no quiera; tiene que ajustarse a los giros de sus volantes; la máquina es su capataz y su controlador de reposo. El obrero no es ya un creador en servicio, sino un esclavo de la máquina mantenido con férrea violencia.

El más vasto desarrollo de esa mecanización del hombre lo encontramos en los Estados Unidos y naturalmente en su extrema aplicación en las modernas industrias, como la del automóvil. Como se procede aquí, nos lo ha contado el rey norteamericano del automóvil en su libro "Mi vida y obra", con una sobriedad norteamericana y sin oropel alguno. Señala permitido por lo tanto quedar más tiempo en esta parte de sus exposiciones.

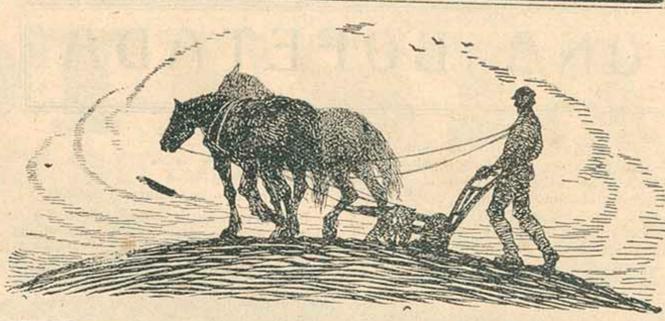
En el capítulo V de su libro "Mi vida y obra", escribe Ford: "Si hubiera un medio para ahorrar el diez por ciento de tiempo o para aumentar los resultados un diez por ciento, la no aplicación de ese medio significa un impuesto de diez por ciento (en toda la producción). Si la vida de un hombre, es, digámoslo, cincuenta cent. la hora, un ahorro de diez por ciento de tiempo significa una mayor ganancia de cinco cent. Y más adelante: "Se ahorran a 12,000 personas diariamente diez pasos, y se obtiene un ahorro de fuerza y de camino de 80 kilómetros. Estos fueron los métodos según los cuales fué organizada la producción en mi empresa. Todo se despendía casi por sí mismo."

Siguiendo estos principios, Ford instaló en su fábrica las máquinas unas junto a otras, más que en ningún otro establecimiento del mundo, aplica raíles que transmiten el chasis en un ritmo exacto y penosamente calculado de un obrero a otro, que luego coloca en el movimiento el tornillo o la tuerca correspondiente, etc., o realiza la acción de la mano conciente hasta que el coche, al llegar al número 45 sale listo.

Resumamos aquí brevemente algunos de los ahorros de trabajo obtenidos por esos métodos: La confección del magneto, que antes era obra de un solo hombre, fué descompuesta en 29 labores especiales y así se redujo el empleo de tiempo por magneto de 20 minutos a 5.

El montaje de un chasis estacionario exigía 12 horas y 8 minutos. Con la ayuda de experimentos científicos, entre otros por "el acercamiento de la plancha de trabajo a la altura del brazo y por la división de los diversos trabajos, de manera que cada hombre tuviera que hacer cada vez menos movimientos", se redujo el tiempo a una hora, 33 minutos por chasis.

"La composición del motor, antes obra de un solo obrero, se hace hoy por 48 la-



bres especiales, y los obreros correspondientes hacen tres veces más que antes." Apenas pasa una semana sin que se anuncie algún progreso en las máquinas o en los procedimientos de la producción, incluso en oposición directa con los usuales "mejores métodos de fabricación". Sin embargo, el ahorro de tiempo no es la única ganancia. Por la división científica del trabajo y su descomposición es posible renunciar casi completamente a los obreros de oficio y suplantarlos por obreros sin oficio. "Obreros de oficio" dice Ford — no los necesitamos, pues todo conocimiento es suplantado por la máquina" (The skill is in the machine). En este concepto es de interés lo que constata Ford en otro pasaje de su libro: 43 por ciento de los trabajos realizados en los establecimientos Ford no exigen más de un día de aprendizaje, 36 por ciento de 1 a 3 días, 6 por ciento de 1 a 2 semanas, sólo el 14 por ciento de un mes a un año y un uno por ciento (por ejemplo la fabricación de instrumentos y la soldadura) de 1 a 6 años.

En la fundición sólo hay un cinco por ciento de fundidores y modeladores, el resto, 95 por ciento, son peones. "o, para ser más exactos, no tienen que aprender más que un solo movimiento de la mano, que incluso el más torpe puede aprender en dos días. La fundición se opera sin excepción por medio de máquinas." Toda parte que debe ser fundida tiene una unidad del grupo unitario — según el número previsto en el plan de producción. Las instalaciones necesarias están adaptadas al chorro que les concierne; los obreros que pertenecen a la unidad no tienen, por consiguiente, más que hacer sin cesar repetidos movimientos de la mano.

El montaje del freno del acambique se hacía antes por 28 hombres en tres minutos. El preparador analizó los distintos movimientos con el reloj de Stopp y halló que en una jornada de nueve horas se perdían cuatro por el ir y venir. Era el tiempo que necesitaban los obreros para buscar el material y para retirar la pieza terminada. El proceso de trabajo fué descompuesto y el resultado fué que siete hombres en una jornada de ocho horas montaban 2,600 frenos de alambicadas, mientras que antes el máximo de 28 hombres en una jornada de nueve horas era sólo de 175 piezas.

Lo mismo se procedió con todo proceso de trabajo y se indicó siempre cómo por la descomposición y la introducción de nuevas máquinas se volvían superfluas las fuerzas obreras instruidas. Sobre los ahorros obtenidos con esos métodos, escribe Ford: "Aunque la comparación cojea algo, el resultado es sin embargo desconcertante. Si en nuestra cantidad actual de producción necesitáramos el mismo número de empleados que en 1913 — la fundación de nuestro establecimiento — eran utilizados sólo para el montaje, tendríamos que ocupar hoy más de 200,000 obreros. Realmente el número de los obreros ocupados en el momento que nuestra producción alcanzó 4,000 coches por día, no llega a 50,000."

Pero Ford no es el único propietario de esos secretos de la producción. Toda la industria americana del automóvil trabaja según esos principios descritos por él. Se observa bien en el estudio llevado a cabo por el Bureau of Labour Statistics sobre el sistema de producción en esa industria, (en Monthly Labour Review, octubre, 1924). Citemos algunos ejemplos de ese trabajo:

"Para la confección de caballetes de los coches se construyó una nueva máquina que asocia hoy automáticamente todas las piezas y las remacha. Esa máquina, servida por un solo hombre, termina en un

minuto seis y en 10 horas 3,600 caballetes. una labor que exigía antes 175 obreros.

El remache desaparece cada vez más. Las piezas de acero son por lo general soldadas a máquina. Con una máquina para soldar construida para ese fin, un solo obrero realiza la labor anterior de ocho remachadores a mano.

Un nuevo procedimiento para soldar permite que un hombre lleve a cabo 20 veces más labor que antes. Un nuevo taladro ha cuadruplicado doce veces la producción de los tornos anteriores.

Idénticos ejemplos se mencionan por decenas. Se emplean siempre nuevos métodos para elevar el rendimiento de cada obrero y extirpar el trabajo improductivo. Se dice de una fábrica de automóviles que suprimió seis mensajeros de la fábrica, proveyendo a un muchacho de patines con los que puede hacer fácilmente todas las idas y venidas de los mensajeros anteriores.

Tampoco se limitan esos métodos a la industria del automóvil. Los encontramos en todas partes y en lugares inesperados para un europeo.

Por ejemplo: el ingeniero Martin Wagner (*Gewerkschaftszeitung*, 6 de diciembre de 1924), notifica sobre el movimiento en los mataderos de Chicago:

"En cada uno de esos mataderos trabajan más de 6,000 hombres. Cada uno de ellos se ocupa de repetir todo el día un sólo movimiento de la mano, tres o cuatro mil veces. Un carnicero de oficio no podría hacer ver su arte en esa fábrica. Es suplantado por un ejército de peones cuyo aprendizaje no exige ya 3 años, sino a lo sumo tres días. Una huelga que estallara en esa fábrica, no llenaría de peregrinidad al propietario. Algunos trenes llenos de negros pueden suplantarlo a los huelguistas, y la fábrica continúa. En la fábrica de Ford la suplantación de los huelguistas es algo más difícil. Pero la diferencia es sólo gradual, no de principio."

Otro ejemplo elocuente nos lo da la panadería norteamericana. Todavía en los años anteriores a la guerra estaba la panadería en manos de pequeños establecimientos. Ahora la industria de la fabricación del pan pasó a manos de poderosas compañías en todas las grandes ciudades que elaboran el pan mecánicamente, y han dejado sin trabajo a millares de panaderos y a decenas de millares de ayudantes. En esas panaderías mecánicas, se instalan hornos con una capacidad para varios millares de panes por hora, en los cuales, según A. Burkhart, secretario de la federación americana de los obreros de la industria alimenticia, a lo sumo apenas es ocupada una docena de panaderos de oficio.

¿Y Europa? Lo repetimos: Europa seguirá el ejemplo norteamericano y está ya en vías de seguirlo. Empezará la misma atomización del proceso de trabajo y pasará a la labor mecánica especializada, en que el obrero apenas es más que una ampliación del autómat, un accesorio viviente de una máquina, inanimada, elevada a la categoría de controladora del hombre.

Así aumentan los resultados del trabajo más y más, con la desvalorización simultánea de los conocimientos personales y de la habilidad personal. Los cinco sentidos de que ha provisto la naturaleza al hombre, son en lo sucesivo para los capitalistas, dones superfluos. No los necesitan ya, sino que piensan sólo en aquél movimiento que se repite automáticamente y eternamente, y cuyos fragmentos de segundo son medidos con el reloj de Stopp para simplificarlos aun más. Las consecuencias de esa moderna explotación del hombre por el capitalismo armado de un maquinismo diabólico, son

UNA BOFETADA

El viejo Manuel trabajaba agobiado por un cansancio atroz, mortificado por el sol ardiente de las diez de la mañana...

Representaba unos sesenta y cinco años de edad. Era delgado, casi decrepito; su rostro moreno, cruelmente arrugado; sus ojos, incoloros y brillantes, delatores de un cansancio que databa de muchos años, de estatura mediana y miembros nervudos.

Había nacido en una oscura aldehuela española. A los nueve años ya comenzó a trabajar con sus padres. A los quince era un fuerte moceton, lleno de vida, de ingenuidad y de ignorancia; apenas si fué a la escuela durante dos años, una escuela que tenía por único director y maestro a un ceñudo sargento retirado. Al cabo, sólo conservó el recuerdo de los castigos y reglazos del maestro.

Después, los padres murieron: padre partió el primero, luego madre, de pesar, a poco de caer José, el hijo mayor, soldado en Marruecos. Dejaron los padres una muy corta hacienda: una legua de campo, tierra trabajosa y poco fecunda; un mulo y un toro añejos y una casucha de piedras.

No fué posible a todos los hermanos vivir de aquella hacienda. Hubo disputas, surgieron cuestiones, se consultó al cura, opinó el maestro de escuela, intervino el alcalde; y una mañana Manuel, que tenía diez y ocho años, partió para Madrid, inflado de ambiciones, de curiosidad, y satisfecho de sus fuerzas y de su juventud.

Sufrió mucho en la ciudad, trabajó jornadas penosas y largas. Se desilusionó. Un pesimismo doloroso llegó a vencerlo. Luego oyó hablar de América: una tierra preciosa, donde todos se enriquecían, donde los nombres no surtían miseria, donde todo era abundancia, un paraíso. La casualidad hizo que en Madrid se encontrase con un antiguo vecino de su aldea; lo encontró cambiado: vestía como señor, usaba bastón, tenía casa en Madrid, sirvientes y dinero... Manuel casi no creyó lo que vieron sus ojos. Pero el amigo se le acercó sonriendo, le tendió la mano; estuvieron conversando un buen rato. Entraron en un café lujoso. Allí el amigo historió el origen de su fortuna: había ido a América, trabajó muchos años en los bosques del Brasil; es verdad que sufrió bastante, pero al fin se hizo rico y volvió a España triunfalmente. Los ojos de Manuel brillaban de ambición cuando se despidió de su amigo...

Un día, meses después, Manuel se embarcó para Buenos Aires...

¡Desembarcó con tantas ilusiones!

Pero por la noche, después de haber recorrido Buenos Aires, sintió que el desaliento volvía a él. Buenos Aires era igual que Madrid, la gente era la misma que la de allá. La misma frialdad, igual egoísmo. También aquí se explotaba, también aquí había pobres. Su amigo le mintió, su amigo debió haber sido un canalla para conseguir hacerse rico, debió explotar.

Y presintió Manuel que nunca llegaría a ser rico; porque no se creía capaz de emplear los medios de su amigo el de Madrid. El no podía hacer sufrir a otros para obtener su bienestar...

Fué lingera. Trabajó los campos como



allá en su aldehuela. Pero ¡cuán diferente era ahora!; antes trabajaba su tierra, ahora laboraba la de otros. Ahora lo hacía por una paga miserable: un jornal que no llegaba a un peso, coma en un galpón y comida de bestias.

Luego tuvo otros oficios. Por último fue acañil. Vivió un poquito más acomodado. Se casó. Tuvo cinco hijos de una mujer que acabó tuberculosa. Volvió más tarde a la miseria. Cuatro de sus hijos se le murieron tísicos. El más pequeño, el que sobrevivió, comenzó a trabajar en una fábrica. Un día se lo trajeron con la cabeza destrozada por una máquina. Manuel debió seguir trabajando. Ya no servía para abañil, pues unos mareos espantosos amenazaban hacerlo caer del andamio.

Ahora formaba parte de la cuadrilla de una empresa de pavimentación.

El sol quemaba, implacable. El viejo Manuel conducía adoquines en una carretilla. Todos sus miembros hacían un gran esfuerzo para conducirla.

Aquellos miembros que habían desplegado fuerzas indomables, que habían sentido correr dentro de ellos sangre fuerte, estaban ahora exhaustos. Todos ellos temblaban inseguros a cada trepidación de la carretilla. Esta a menudo desviábasele, y el viejo Manuel oía entonces las advertencias de sus compañeros:

—¡Eh!, gallego, casi me pisás!... ¡Fíjate por dónde vas!...

Manuel excusábase con un gesto y seguía conduciendo la carretilla.

Aquel día el viejo sentíase más cansado que nunca; precisamente cuando quería mostrarse más animoso, cuando el ingeniero estaba inspeccionando los trabajos.

El ingeniero tenía fama de tiránico e irascible para con los obreros, y Manuel temía que al reparar en sus pocas fuerzas tratara de despedirlo. Este temor hacía más torpe aún.

En una ocasión, en que Manuel conducía su carretilla cargada, el ingeniero y el capataz pusieronse en medio del camino. El viejo no tuvo tiempo ni fuerzas para desviar la carretilla y, a no ser que aquéllos se hubieren apartado rápidamente, los habría atropellado.

El ingeniero lanzó una maldición. Irracundo, dió un formidable puntapié a la carretilla, que la hizo tumbarse hacia un lado. El viejo Manuel fué arrastrado en la caída de la carretilla, cayó con ella.

Se levantó, lastimado, y sintiendo la vergüenza de su humillación.

El movimiento campesino en México

En 1891 se celebró en Córdoba, España, un congreso campesino anarquista; desde entonces no nos depara la historia un acontecimiento semejante hasta mediados de diciembre de 1925, en que tiene lugar, del 15 al 18 de dicho mes, en Guadalajara, Jalisco (México) el primer congreso campesino de la C. G. T. Unos 80 delegados estuvieron presentes, hombres de trabajo, de rostro curtido por el sol ardiente del campo, animados por un vivo entusiasmo de lucha y desesos de conquistar para sí y para sus hijos la tierra y la libertad que nos han robado las castas privilegiadas de todos los tiempos.

En México, donde el fenómeno obrerista de otros países asumió allí un carácter agrarista, dando pábulo al nacimiento de diversas bandas de aventureros políticos, la creación de un movimiento campesino de tendencias teóricas y prácticamente revolucionarias, es de una trascendencia formidable. Hemos saludado con júbilo sincero la convocación de ese congreso y con júbilo saludamos también sus resoluciones y sus resultados generales. Ese naciente movimiento campesino de México puede influenciar la marcha de todo el movimiento obrero del continente. Nos interesa, pues, no perderle de vista y cooperar lo más estrechamente posible con él, porque su fuerza y su arraigo será la fuerza y el arraigo de nuestras ideas en la población agraria de México y de América.

Se fundó en ese congreso una Federación General Campesina de Comunidades y Sindicatos; su base ideológica es la siguiente:

“Los trabajadores del campo y de la ciudad tienen un derecho: el de organizarse para su defensa contra los explotadores y opresores del pueblo; y un deber: el de unirse mutua y estrechamente para derribar el capitalismo y el Estado.

“Al organizarse los campesinos en comunidades o sindicatos, lo hacen para luchar diariamente por su bienestar, fuera de toda acción política, declarando que esta acción inmediata por la conquista de la tierra es la misma revolución social, que llevará a todos los humanos al comunismo anarquista.”

En estos dos párrafos está concentrado el pensamiento director del nuevo organismo campesino: la organización para la conquista de la tierra al margen de toda acción política, lo cual es ya la revolución social, primer paso decisivo hacia la anarquía.

Respecto a los salarios se acordó:

“Organizar a los medieros en sindicatos de resistencia; los sindicatos de medieros lucharán por el tercio, esto es, por dar sólo un tercio de sus cosechas a los terratenientes; lo restante deberá pertenecer a los medieros o terceros. Exigir de los terratenientes que los terceros puedan construir chozas en las tierras de sembrado. Los sindicatos campesinos lucharán por un salario no menor de tres pesos diarios.”

La proposición de la comunidad agraria de Tlajomulco, Jalisco, sobre la lucha simultánea con los trabajadores de las ciudades por la jornada de seis horas, fue aprobada unánimemente.

Frente a las bandas armadas de los terratenientes, fomentadas ya en los tiempos de Porfirio Díaz y que se han vuelto a renovar por obra de los representantes socialistas del último período, se adoptó esta actitud clara y enérgica:

“Los obreros del campo y de la ciudad han de emprender una campaña contra las guardias blancas o las llamadas ‘academias’. El primer congreso campesino excita a todos los campesinos de la república a armarse contra las constantes agresiones de los terratenientes y de la autoridad.”

Otro punto importante es el siguiente: “La finalidad de la Federación de Comunidades y Sindicatos es la conquista inmediata de la tierra, usando para ello de la acción directa. — Se excita a los campesinos a ocupar las tierras, a constituir comunidades libres y a federarlas a la mayor brevedad. — Las comunidades libres, una vez constituidas, tienen la obligación de ayudarse mutuamente y de una manera directa, en caso de que sean

atacadas por las fuerzas federales o las bandas de los terratenientes.”

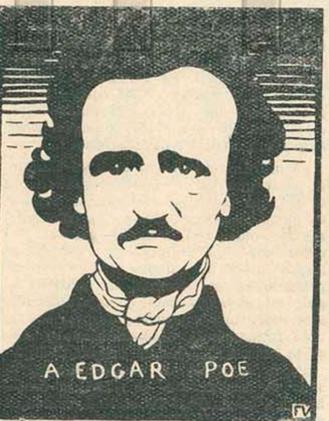
Como se ve por lo transcrito, el movimiento campesino de México manifiesta una tendencia bien marcada a pasar de la teoría a la práctica. ¡Habrá fuerzas para obrar en el sentido de las resoluciones? Esta es la cuestión. Pero si no existen fuerzas para obrar según el deseo, algo se tiene ya con tener ese deseo y esforzarse por materializarlo. Lo que más nos atrae hacia la población campesina es precisamente ese sentido de la acción práctica; si la población del campo integra el movimiento revolucionario, no podrá contentarse con la mera filosofía de nuestras ideas; por instinto y por naturaleza, en la acción constructiva, su concepción ideológica. El campesino revolucionario será siempre un factor positivo y práctico y no un simple adepto platónico de una doctrina, como suelen serlo la mayoría de los obreros de las ciudades. Esa característica daría a nuestro movimiento una potencia y una vitalidad insospechadas.

J. K.

Félix Vallotton, pintor y grabador en madera

Una escueta noticia de escasas líneas ahogada entre el maremagnum de los cablegramas de la prensa cotidiana, nos anuncia la muerte de Félix Vallotton, insignificante grabador en madera, uno de los más grandes ilustradores de libros de Francia. Perteneció a la pléyade batalladora de los impresionistas franceses, y cuyo grupo de grabadores intentaron con toda felicidad reaccionar contra el histerionismo técnico de los contemporáneos de Augusto Lepère, uno de los mejores discípulos de Daniel Urraeta, Vierge, quien a su vez anteriormente, iniciara otro período de renovación, combatiendo contra el adocenamiento y el industrialismo mercantilizado de los grabadores de su época.

No hubo un solo diario, una sola revista de esta metrópoli, que se cuidara a informar al público quien fué Vallotton, y cuál rol desempeñó en el arte francés en las postrimerías del siglo pasado y lo que va del presente. Los críticos de arte, los grandes sacerdotes del periodismo

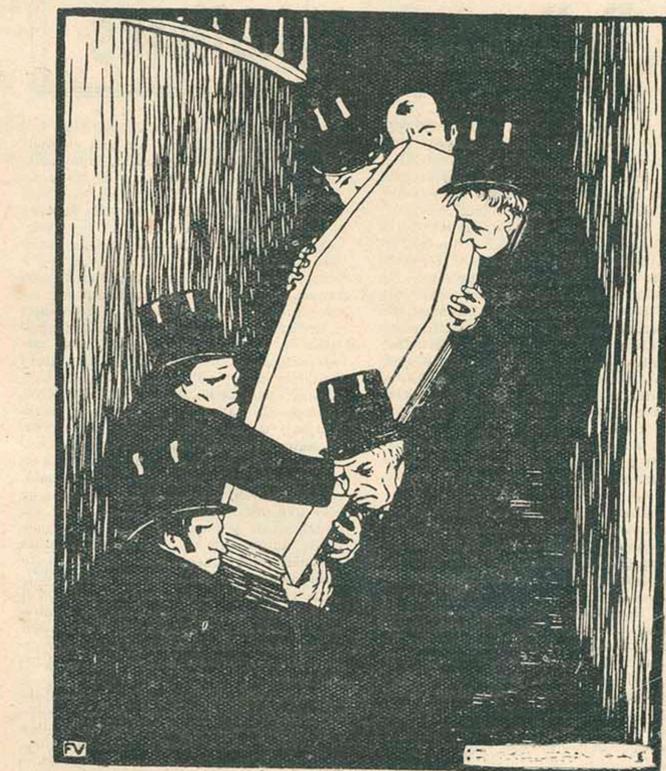


FELIX VALLOTON — "Edgar Poe"

agrop-ganadero, dejaron descansar sus plumas en sus correspondientes espeteras. Se trataba de un artista que tuvo sus desvíos sociales y casi anarquistas. En efecto, ya en 1909 el proletariado argentino pudo conocer el arte austero, rudo y simpático de Vallotton. Ideas y Figuras, la revista de Alberto Ghirardo, exornaba las páginas de un número entero con los grabados del artista suizo de nacimiento, pero francés por adopción definitiva.

Se titulaba “Crímenes y Castigos”, y era una burla satírica y un amargo reproche al régimen imperante y que sigue siéndolo. Eran “La educación cristiana”, donde el cura le suministra una azotaina al párvulo, reacio al catecismo; “Protegiendo el pudor”, en el cual dos polizontes llevan preso a un hombre astroso, para que no muestre lo que no debe a las señoras;

Lo que nos interesa también aquí es que la Federación campesina de comunidades y sindicatos de México está compuesta por peones y obreros arrendatarios o medieros, confundidos todos en una comunión de ideas, de intereses y de aspiraciones. No sabemos cómo los camaradas de México resolverían prácticamente los conflictos entre peones y arrendatarios, según han sido expuestos por algunos camaradas de la Argentina; la situación, sin embargo, no es la misma en ambos países. De ahí que no podría copiarse el mismo modelo de organización, sino crear una organización propia en cada país, de acuerdo a las características regionales. En esta situación es peligroso continuar. Si en la Argentina no es posible la organización única de peones y arrendatarios agrícolas, organicense separadamente y la práctica dará luego los consejos decisivos. Somos de opinión que nuestra doctrina debe surgir más de la realidad y de la acción cotidiana que del pensamiento puro de los filósofos.



FELIX VALLOTON "El paso difícil"

“El nuevo himno”, donde una turba de policias persigue posiblemente a un anarquista o a un revolucionario; “Los disciplinados”, cuyo dibujo representa una niña bajo las ruedas de un automóvil, mientras dos guardias saludan, primero y ante todo, por ser el auto del jefe; “Defensores de la propiedad”, donde puede verse un propietario, con cartuchera y fusil, y solamente los botines de un probable difunto; el bicorneo de un carabonero, mientras el propietario, presunto asesino, exclama:

— ¡Está muerto. Entendido! Pero, ¿estaba o no dentro de mi terreno?

Una de las últimas charges, o sea caricaturas, es un empleado que llega tarde, y su principal lo intimata:

— La una y diez. Queda despedido.

Otro. “La libertad de pensamiento”. Un primer de libros, un joven en actitud de leer, el comisario y dos polizontes que exclaman:

— Libros de Kropotkin y de Reclus ¡eh! Está usted dentro del Código penal, como subversivo y por conspirar contra el régimen vigente. En marcha...

Y así son todas sus concepciones transcritas a una rica y noble materia de arte, expresiva, severa, y en su centro vital, en su esencia, palpita una idea, una intención — castigat ridendo mores — siempre el agor corrosivo de una sátira. Continúa la gran línea de los grabadores imbuidos de preocupaciones sociales, y cuyo epígono, entre otros, es Daumier. Es indudable el parentesco artístico y sociológico con este maestro, amigo de los pintores de la escuela de 1830, quienes también traían un soplo innovador a la pintura y al paisaje franceses, agotada por tanto yerto clasicismo, convertido en las manos de los repetidores en banalidad elegante.

He aquí unos someros datos biográficos, los únicos en nuestra posesión. Félix Vallotton nació en Lucerna el 25 de diciembre de 1865, trasladándose a los 17 años a París, con el deliberado propósito de perfeccionarse en la pintura, por la cual se sentía atraído desde niño. Durante tres años trabajó en los estudios de LeFebvre y Boulangier, mediocres pintores, pero por fortuna la influencia de ambos académicos fué abundantemente nula, dejando intacto su robusto temperamento.

Un vigoroso retrato de viejo fué el comienzo de una labor honesta, reflexiva, que debía acrecentarse en belleza viril hasta la vejez. Esta primera obra, estuvo expuesta en el salón de 1885; no solamente no pasó desapercibida, sino que le fué discernida una mención honorífica. Otros retratos de colorido un tanto acre y violento, de dibujo rudo y de grandes líneas, se subsiguieron en los salones de 1886, 1887 y 1889. Pero, obligado por la imperiosa mano de la necesidad, hubo de entregarse a la vorágine de la tarea mal remunerada y casi anónima, trabajando para periódicos y revistas. En esa obra dispersa, atenta sólo a las pulsaciones de una actualidad ingrátida, insubstan-

cial en la mayoría de las veces, publicó numerosas litografías, y entre las cuales hubo algunas de grato interés, de verdadera valía. Ello, no obstante el aprendizaje y la inadaptabilidad de los métodos empleados, en una técnica que no correspondía a su índole temperamental ni a su visión artística.

Es en 1891 que empezará a ejercitarse en el grabado sobre madera, comprendiendo inmediatamente que al fin había dado con el camino vocacional que haría vibrar al unísono sus facultades. El retrato de Verlaine inauguró una serie magnífica de máscaras, ilustrando un libro de Remy de Gourmont, titulado “Les Masques”, colección de estudios de los poetas del movimiento simbolista. Poco a poco, mediante su tesón, su inteligencia, su amplia percepción de la vida contemporánea, se le fué colocando entre los artistas de vanguardia y de los de más valer. Sigue un período de fervorosa labor, de producción cerrada que, comprendiendo doce o trece años, se resuelve en varios cuadros, algunos carteles, numerosos dibujos a pluma de gracioso carácter xilográfico, y no menos de trescientos grabados sobre madera.

De la total cantidad de su obra no se posee cifra exacta aunque se puede aseverar que ha de competir con las de los más fecundos artistas de su época.



FELIX VALLOTON — "Stendhal"

Ya los lectores del Suplemento hubieron de conocer a Vallotton por un estudio que apareció en el año 1922. Era un trabajo meditado, escrito por quien poseía una vasta penetración del tema a discutir.

Firmaba Zero, pseudónimo del camarada Giambagi, pintor y grabador. Por ser del oficio, y por ende creyéndole más autorizado que nosotros, hemos de cederle la palabra, reproduciendo algunas opiniones emitidas en aquel entonces.

Después de historiar sucintamente y eficazmente la evolución del grabado sobre madera, dice:

“Su aguda observación y penetrante psicología se revela en una serie de máscaras. Son caracterizaciones sintéticas de amplia y ruda armonía plástica; inquietante esta, de Poe, el fantástico poeta del Norte; en cambio bonachona y sonriente la del fino y sutil diseccionador de almas que se llamó Stendhal.

Dificilmente con elementos tan reducidos podrá darse una sensación más vehemente y profunda de un tipo.

Pero esta manera de encarar el asunto, con un simple contraste de blanco y negro y pocas líneas escueltas, ha producido toda una recua de imitadores anodinos que confunden la síntesis con la nada, y la simplicidad, difícil, con la simpleza.

Donde a mi ver Vallotton afirma sus cualidades de pintor y de notable grabador, es en la “Ejecución”. Hay en esta estampa simplicidad de medios; ipero qué riqueza en los tonos, qué negros profundos, qué luminosas medias tintas!, y esto sin salirse del carácter especialísimo del grabado en madera, sin hacer la menor concesión a su destreza en el oficio.

Es sobrio y alcanza un máximo de eficacia. Su escena espeluznante es trágicamente grotesca. El hombre no quiere morir y mira la horca con una cara idiotizada por el terror, mientras las manos rudas, tocas de los verdugos lo empujan. Detrás, una hilera de gendarmes a caballo. El dibujo es preciso y elocuente. Espléndido como sabía distribución de masas y como expresión, es la macabra y humorística visión del Paso Difícil.

Observemos la composición: ese léretero, contrastando con los negros aterciopelados de los levitones, constátase cómo los hace degradar en las medias tintas de los muros. Rico de color y rico de expresión, es una prueba elocuente de los vigorosos resultados que puede dar un simple con-

Wirffen observa al respecto que la debilidad de voluntad y la disminución del sentimiento ético por una parte, sensibilidad acrecentada para las excitaciones del ambiente, codicia, nerviosa por otra, abren acceso sin más al delito como hecho antisocial. La transición la constituye diversamente la propensión a la mentira, que se desarrolla en todo joven onanista, ya de su insinceridad forzada para con su ambiente.

La vida en la naturaleza es considerada como el mejor medicamento contra la onanía. Casi rabiosos tragamos esa sabiduría. Pero allí se levanta el cuartel de inquilinos, tras cuyas fachadas grises y sin atractivo se anida la miseria de las masas. ¡El hogar de los niños de la gran ciudad!

Una estadística hecha en las escuelas populares de Berlín entre niños de seis y de más años, dió: setenta por ciento no tenían idea alguna de una salida de sol; 54 por ciento no conocían ninguna puesta de sol, 76 por ciento no sabían lo que eran palomas, 82 por ciento no habían oído nunca una alondra, 49 por ciento no sabían lo que era una rana, 53 por ciento no conocían ningún caracol, 87 por ciento no conocían el abedul, 59 por ciento no sabían lo que era un campo de espigas, 66 por ciento no habían visto nunca una aldea, 67 por ciento no vieron nunca una montaña, 89 por ciento no vieron nunca un río. Varios escolares pretendían haber visto un lago: cuando se examinó su noticia resultó que se referían a una pecera de la plaza del mercado. Una circular entre 120 niños de Hamburgo de 10 a 16 años no dió mejores resultados.

Los números proceden del médico doctor Ebeling y del año 1912 o menos. Hoy los paseos de los escolares han mejorado un poco las condiciones. Pero también hoy son raros los paseos de los escolares que llevan al niño proletario de la gran ciudad al campo libre. ¡Pero lo que aconseja la higiene sexual contra la degeneración del instinto sexual infantil es la vida

constante en la naturaleza! El medio para ello sería el traslado de la familia proletaria del cuartel de inquilinos a la colonia prevista por la ley de 1920. ¿Es esto posible?

El profesor W. Sombart estableció (1906) que así como los obreros alemanes viven ordinariamente en cuarteles de inquilinos, los norteamericanos por lo general vivea en casas de una o dos familias y sin embargo el obrero norteamericano no paga más caro que el alemán su habitación, sino más bien menos. En cambio la vivienda del norteamericano tiene por término medio cuatro habitaciones, la del alemán sólo dos. Hemos visto que el alemán no paga más caro que el alemán comparte su estrecha vivienda con subinquilinos extraños a la familia. El conserjero de gobierno Kolb en su libro "Als Arbeiter in Amerika", publicado en 1909, cuenta cuánto le ha costado en América encontrar un albergue como subinquilino en una vivienda obrera. Las familias obreras de Chicago no necesitan económicamente aceptar un extraño como subinquilino, y menos aún alquilar una cama, no una habitación. De esa categoría desconsoladora de los inquilinos de una cama, descompositores de la vida familiar, que crecen en Alemania con el progreso de la industria, como una planta venenosa, no encontré nada allí", escribe Kolb, y concluye: "Está fuera de duda que el obrero vive en Chicago considerablemente más sano y más baratamente que, por ejemplo, en Berlín. Una gran ventaja consiste en que faltan los cuarteles de inquilinos."

Cuarteles de inquilinos tras cuyos muros viven plantitas de asfalto, florecitas descoloridas, niños pálidos, de mejillas descarnadas, cuya plaza de juegos son los patios oscuros o las callejuelas tan rumorosas y sin embargo tan tétricas, sobre los cuales está tendido en lo alto un trozo de cielo gris. Eso hace que los niños, instruídos por lo que vieron sus propios ojos en las oscuras viviendas, prue-

ben la imitación en las escaleras interiores, en los rínicos, en las buhardillas de lo que han aprendido en la insalubre comunidad de habitación y de dormitorio y que ha intranquilizado prematuramente su fantasía. Esos cuarteles de inquilinos dan los niños lascivos, para quienes los subinquilinos extraños son un continuo peligro, las muchachas de doce o trece años que saben seducir al hombre; dan los niños que se someterán complacientemente al subinquilino, al "señor amueblado", al "fo", y callan.

Y con esto entro en la parte más oscura de nuestro problema, las enfermedades sexuales de los niños.

El Dr. Erik Langer, médico superior de la sección dermatológica del hospital Rudolf Virchow de Berlín, comunica en febrero de 1925 a la asociación médica forense de Berlín que las enfermedades sexuales entre las muchachas de edad escolar se multiplican desde la terminación de la guerra:

En el departamento para niños sexualmente enfermos del Hospital de Hanover antes de la guerra eran tratados diariamente. En el hospital Rudolf Virchow año de la guerra (1918) más de 40 diariamente. En el hospital Rudolf Virchow de Berlín, fueron tratados, en 1921, 133 niños sexualmente enfermos, pero en 1924 la cifra ascendió a 250. Es decir, un aumento de 49 por ciento o sea casi la mitad. De esos niños padecían:

	1921	1924
Gonorrea	26	67
Sospecha de gonorrea	27	101
Lues congénita	33	25
Condyloma latum	17	20
Sospecha de lues	30	27

Pero hay que tener presente que en el período siguiente ha disminuído la afluencia a los hospitales a causa del seguro familiar y de los ambulatorios.

El Dr. Martin Gumpert, en la misma sección del hospital Rudolf Virchow, elabora actualmente un vasto material que

(Concluirá)

Y será siempre así hasta que sea abolido el sistema capitalista.

Si los obreros trabajasen por su cuenta y no para beneficio de los patronos, entonces toda región podría producir lo suficiente para sus necesidades y después no tendría más que ponerse de acuerdo con los otros países para distribuirse el trabajo de producción según la calidad del suelo, el clima, la facilidad para tener las materias primas, las disposiciones de los habitantes, etc.; de manera que todos los hombres podrían tener el máximo de disfrutes con el mínimo de esfuerzo posible.

César. —Sí, pero esos no son más que sueños dorados.

Jorge. —Serán sueños ahora; pero cuando el pueblo haya comprendido que de aquel modo se estará mejor, el sueño se transformará pronto en realidad. No hay más obstáculos que los opuestos por el egoísmo de los unos y la ignorancia de los otros.

César. —Hay muchos obstáculos, amigo mío. Usted se imagina que una vez expulsados los patronos, nada-rán en la opulencia...

Jorge. —No digo eso. Al contrario, pienso que para salir del estado de penuria en que nos mantiene el capitalismo y para organizar la producción de modo que satisfaga ampliamente las necesidades de todos, será preciso trabajar mucho; pero no es la voluntad de trabajar la que falta al pueblo, es la posibilidad. Nosotros nos lamentamos del sistema actual, no tanto porque nos tocan mantener a los ociosos en el confort — aunque esto nos causa muy poco placer — como porque son los ociosos los que regulan el trabajo y nos impiden trabajar en buenas condiciones y producir en abundancia y para todos.

César. —Usted exagera. Es verdad que a menudo los propietarios no hacen trabajar para así especular sobre la escasez de los productos, pero más a menudo aún es porque carecen ellos mismos de capitales.

La tierra y las materias primas no bastan para producir. Necesitamos, usted lo sabe, instrumentos, máquinas, locales, medios para pagar los obreros mientras trabajan, es decir, capital; y eso no se acumula más que lentamente. ¡Cuántas empresas permanecen en proyecto, o comenzadas, y fracasan, por falta de capitales! ¡Figúrese además si, como usted quisiera, viniera una revolución social! Con la destrucción del capital y el gran desorden que se sucedería, no llegarían ustedes más que a la miseria general.

Jorge. —Ese es otro error, u otra mentira de los defensores del orden presente: la falta de capital.

El capital puede faltar a ésta o aquella empresa a causa del acaparamiento hecho por otros, pero tomada la sociedad en general, encontrará que hay una gran can-

tidad de capital inactivo, lo mismo que hay una gran cantidad de tierras incultas.

¿No ve cuántas máquinas se herrumbra, cuántas fábricas permanecen cerradas, cuántas casas están deshabitadas o poco habitadas, mientras la masa de la población no encuentra casa y los albañiles no encuentran trabajo?

Se necesita alimento para los obreros mientras trabajan; pero en suma, esos obreros deben comer aunque estén desocupados. Comen poco y mal, pero quedan con vida y dispuestos a trabajar en cuanto un patrón tenga necesidad de ellos. Por lo tanto no es porque faltan los medios para vivir por lo que los obreros no trabajan; y si éstos pudiesen trabajar por su cuenta, aceptarían también — si fuese verdaderamente necesario — el trabajo viviendo como viven cuando están desocupados, porque sabrían que con aquel sacrificio temporal saldrían después definitivamente del estado de miseria y de sujeción.

Figúrese, lo que se ha visto muchas veces, que un terremoto destruye una ciudad, arruina una comarca entera. En poco tiempo la ciudad es reconstruída más bella que antes y en la comarca no quedan rastros del desastre. Como en tal caso los propietarios y los capitalistas tienen interés en hacer trabajar, los medios se encuentran pronto, y se reconstruye en un abrir y cerrar de ojos una ciudad entera, donde tal vez antes se había dicho continuamente durante decenas de años que no había medios para fabricar alguna "casa obrera".

En cuanto a la destrucción de los capitales que acontecería en tiempo de revolución, es de esperar que en un movimiento consciente hecho con el fin de poner en común las riquezas sociales, el pueblo no querrá destruir lo que va a convertirse en cosa suya. De cualquier modo no causará más mal que un terremoto.

No, habrá, ciertamente, dificultades antes de que las cosas se pongan en marcha; pero impedimentos serios, sin vencer los cuales no se puede comenzar, no veo más que dos: la inconsciencia del pueblo y... los carabincos.

Ambrosio. —Pero diga un poco: usted habla de capital, de trabajo, de producción, de consumo, etc.; pero de derecho, de justicia, de moral y de religión no habló nunca.

Las cuestiones sobre el modo mejor de utilizar la tierra y el capital son muy importantes; pero más importantes aún, por ser más fundamentales, son las cuestiones morales. Yo desearía que todos estuvieran bien; pero si para alcanzar esa utopía hubiera que renegar de los principios eternos del derecho, sobre los cuales debe fundamentarse toda sociedad civil, oh, entonces prefiero mil veces que continúen para siempre los sufrimientos de hoy.

demuestra que las enfermedades sexuales de los niños en las pequeñas ciudades y en el campo no son más raras que en las grandes ciudades. Una parte de los casos tratados en el hospital Virchow han sido traídos del campo. En la Deutschen Medizinische Wochenschrift informa Schoenfeld sobre la difusión de la gonorrea y del lues entre los niños de Pomerania.

Esas enfermedades adquieren proporciones aterradoras cuando son introducidas en establecimientos cerrados, hospicios, colonias de vacaciones, casas de educación. El doctor Langer comunica que en un hospicio renaco 33 por ciento de los niños se volvieron sifilíticos. En Hanover fueron atacadas 15 muchachas por una infección en el hospital. En la sección de bronquitis del hospital Eppendorf se comprobó en 20, de entre 28 muchachas, gonorrea. De cuarenta muchachas enviadas en 1909 de Stuttgart a Soobald, volvieron 15 con gonorrea. Esta infección partió de una niña de ocho años que, según se comprobó, había padecido de gonorrea antes de ir a la escuela.

La higiene social exige, en consideración a tales casos, una profilaxia radical. Es necesario que colaboren estrechamente comisiones especiales dermatológicas y escuelas, padres, instituciones de beneficencia. La investigación sistemática por médicos especialistas, especialmente de los niños recién entrados en la escuela antes de su envío a las colonias de vacaciones, de la recepción en los establecimientos, en los jardines infantiles, en la escuela de juego, es necesaria. Los niños enfermos deben ser separados de inmediato de la comunidad con otros y sometidos a un tratamiento especial. Eso no debe depender de la iniciativa de determinadas autoridades, sociedades, médicos escolares, maestras, etc., sino que exige más bien una acción sistemáticamente conducida contra las enfermedades sexuales con médicos entendidos, con enfermeras, etcétera.

Y además, piense que debe haber una voluntad suprema que regule el mundo. El mundo no se ha hecho por sí mismo y debe haber un *más allá* — no digo dios, varón, infierno, porque usted sería capaz de no creer en ello, — debe haber un *más allá* que explique todo y en el cual las aparentes injusticias de aquí abajo deben encontrar su compensación. ¿Cree usted que puede violar la armonía preestablecida del universo? Usted no puede, y nosotros no tenemos más remedio que inclinarnos.

Cese pues de una vez de sobornar las masas, cese de suscitir quiméricas esperanzas en el alma de los desheredados, cese de soplar sobre el fuego que está bajo la ceniza. ¿Quiéren ustedes, oh bárbaros modernos, destruir en un terrible cataclismo social la civilización que es gloria de nuestros padres y nuestra? Si quiere hacer buena obra, si quiere aliviar lo que es posible los sufrimientos de los miserios, dígame que se resignen con su propia suerte; pues la verdadera felicidad está en contentarse. Que, por otra parte, cada cual lleve su cruz; todas las clases tienen sus tribulaciones y sus deberes, y no siempre los más felices son los que viven en la riqueza.

Jorge. —Vamos, honorable magistrado, deje a un lado las declamaciones sobre los "grandes principios" y las indignaciones convencionales; no estamos en el tribunal y, en este momento, no tiene que pronunciar sentencia alguna contra mí.

¿Cómo se adivina, al oírle hablar, que usted no está entre los desheredados! Y es tan útil la resignación de los miserios... para quienes viven sobre sus hombros.

Ante todo, déjese, le ruego, de argumentos trascendentales, religiosos, en los cuales ni usted mismo cree. De los misterios del universo no sé nada y usted no sabe más que yo; por eso es inútil traerlos a discusión. Por otra parte, considere que la creencia en un supremo autor, en un dios creador y padre de los hombres no sería un arma segura para usted. Si los sacerdotes, que estuvieron siempre y están al servicio de los señores, deducen el deber de los pobres de resignarse a su suerte, otros podrían deducir (y en el curso de la historia hay quien lo ha deducido) el derecho a la justicia y a la igualdad. Si dios es nuestro padre común, todos nosotros somos hermanos. Dios no puede querer que algunos de sus hijos exploten y martiricen a los otros; y los ricos, los dominadores, serían los Caínés malditos por el padre.

Pero dejemos eso.

Ambrosio. —Bien, dejemos la religión, porque con usted sería inútil hablar de ella.

¡Pero admitirá seguramente un derecho y una moral superior!